

llevaron a preguntar, como si se hubiera olvidado del rostro contemplado en aquella fotografía:

—¿Eres tú mi tía Rita?

—Ni Dios lo quiera. Yo soy Marcela —fue la respuesta. La voz era fría, sin que para emitir las palabras se moviera otra cosa que no fueran los labios en aquel rostro inerme y distante, semejante al de un maniquí. Erguida, autoritaria y solemne, seguía caminando con una arrogancia que únicamente se podría tolerar al dueño del andén, de la estación, del universo entero. Ya en el auto, Ismael aventuró otra tímida pregunta:

—Marcela, ¿eres tía mía?

—No, Ismael.

Observó entonces, y ello le tranquilizó un tanto, que en aquella austera parquedad no había el menor asomo de enojo o fastidio, sino una actitud de saludable lejanía que no solamente guardaba hacia él, sino que también extendía al chofer, al automóvil, a la población entera, y sobre todo a la casa frente a la cual se detuvieron en espera de que abrieran la puerta cochera; casa donde sólo había estado en dos ocasiones y que

ahora tendría que encargarse de guardarlo, velar por su sueño, cauterizar las desgarraduras que la muerte de sus padres (la manera en que acaecieron tales muertes) le había dejado.

La gran casa amarilla de enormes y recargados balcones parecía, frente a él, un reflejo aumentado de la actitud de Marcela: sorda, distante, no francamente hostil pero sí desinteresada; casa en que resaltaba de inmediato la nula intención de convertirse en el cobijo de alguien, ni se prestaba a fomentar ilusiones de calor y amparo. A Ismael le extrañó no haber captado antes esa expresión de rechazo que se desprendía de los muros, pero más aún le turbó el recordar que su madre hubiese vivido tan prendida a ese gigantesco caserón (a la imagen de ese caserón), al que jamás dejaba de aludir en sus conversaciones, y al que amaba tan despiadadamente, porque, claro, no sería sino hasta mucho más tarde, pasados bastantes años, cuando Ismael se enteraría de que hay seres —y él, al enamorarse de Lucía, descubriría ser uno de ellos— que aman con inaudita y desconcertante pasión los objetos, las personas que más les hieren y torturan.

De suicidios

Por Max AUB

“No se culpe a nadie de mi muerte. Me suicido porque de no hacerlo, seguramente, con el tiempo, te olvidaría. Y no quiero.”

*

—A. R. se suicidó porque C. habló mal de él.

*

“No se culpe a nadie de mi muerte.” Mentira, siempre se suicida uno por culpa de alguien. “Nadie” siempre es alguien.

*

—¿Quién es “nadie”? — clamaba el comisario.

*

—¿Hay más crímenes que suicidios?

—No sé.

—En el teatro ¿hay más crímenes que suicidios?

—Antes sí. A medida que la humanidad envejece asesina menos y se suicida más.

—Entonces la humanidad envejeció ya varias veces. El suicidio es paralelo a la decadencia de las civilizaciones.

—Hablamos de relaciones individuales —le explicaron al arzobispo, que se acercaba—. La gente se suicida por las mismas razones que asesina.

—No es cierto —dijo el arzobispo— y sé algo de eso.

*

Suicidarse en seco.

*

Se suicida uno por todo.

*

¿Quién no se ha suicidado?

—Dormir es suicidarse un poco cada noche.

—Usted es soltero.

—¿Cómo lo sabe?

*

Se suicidó porque no le salía lo que debía salirle.

*

Frente a tantos “Crímenes célebres”, empastados y traducidos a todos los idiomas, nadie se ha atrevido a publicar tomos y tomos de “Suicidios célebres”.

*

Se suicida el que pierde, por ganar. Sentido exacto de *ganar por la mano*.

*

Se suicida uno por cualquier cosa.

*

Nadie se suicida por equivocación ni por ignorancia. Morirse es otra cosa.

*

—El suicidio es un punto de partida.

—No tienes ninguna gracia.

—Desde luego que no en el sentido de “ tiro de gracia”.

*

—¡A ver si traes buenos frenos!

Y se tiró bajo el coche.

*

Los que dicen:

—Dan ganas de matarse.

—Dan ganas de desaparecer.

—Dan ganas de morirse.

No se suicidan nunca.

*

Siempre se suicida uno aculado.

*

Trabaja uno hasta matarse.

*

En todo suicidio hay un asesino que nunca es el suicida. Otro otro.

*

“La ví, no me gustó. Con que ¡hasta más ver! (Si no le entienden, lo siento.)”

*

“Pude dar vida, luego me la puedo quitar. Que los mantenga su abuela.”

*

“No debí haber nacido. ¿O es que los padres son infalibles? ¿O cada coyunda es imagen de Dios? Me nacieron en un tiempo que me asquea. Ustedes lo pasan bien. Yo, sin duda, lo pasaré mejor.”

*

“Y ahora, ¿qué?”

*
"Voy a ver qué pasa."

*
"No tengo ninguna razón para hacerlo, pero tampoco para no hacerlo."

*
"No puedo dormir sin ti."

*
De Balbino López D., comerciante:
"Me mato, señores, porque dos y dos son cuatro."



Max Aub

*
"A ver si adivinan. Si no, tanto da."

*
"Me suicido por gusto de hacerlo."

*
"Me suicido por ver la cara que pondrá Lupe, su mamá y el lechero."

*
"Que Dios me lo tenga en cuenta."

*
Nadie sabrá quién fue.

*
"Me suicido por envidia de Rafael. No lo explico porque no lo comprenderían. Es una raíz vieja, crecida de toda la vida, que me duele de la planta de los pies a las raíces de los pelos. Y si creen que lo hago por chiste: créanlo."

*
No quiero seguir adelante, nunca podré hacer lo que hizo mi abuelo.

*
¿Para qué vivir sin comer espárragos?

*
Ya no sirvo para nada.

*
Llámanlo el sueño eterno. Como padezco horriblemente de insomnio, pruebo.

*
Después de todo nada.

DE GASTRONOMÍA

No hay nada como comer el ojo del enemigo. Revienta entre las muelas como granote de uva, con gustito de mar.

*
Las nalgas son mejores al tacto que al gusto, más duras de mascar que de tentarrujar.

*
Le gustaba tanto que no dejó nada. Le chupó hasta los huesos. De verdad había sido bonita.

*
Juan Fábregas Monleón, fabricante de camisetas, odiaba ferrozmente a Manuel Santacruz Ridaura, fabricante de lo mismo. Fue al Congo, se trajo dos antropófagos a Barcelona. Así desapareció completamente Manuel Santacruz Ridaura.

Juan Fábregas Monleón tuvo hasta el día de su muerte repentina, en una esquina de su despacho, en una vitrina, colgado, completo, el esqueleto de Manuel Santacruz Ridaura; le hacía verdadera compañía.

*
—Le comería los hígados —dijo Vicente.
No pudo: amargaban.

*
Esa hormiga odiaba al león aquél. Tardó diez mil años pero se lo comió todo, poco a poco, sin que él se diera cuenta.